

Editorial

En 1929, coincidiendo con la crisis económica mundial, los historiadores Lucien Febvre y Marc Bloch fundaron la escuela historiográfica de los *Annales* (llamada así por la publicación de la revista *Annales d'histoire économique et sociale*) desde donde propusieron una renovación epistemológica para superar los rígidos límites de la denominada “historia tradicional” (política y diplomática) basada en la cronología y en el relato estático de los *hechos históricos*, donde los protagonistas eran los “grandes hombres”. Esta visión quedaba legitimada por el peso del acontecimiento (*histoire événementiel*) como coto demarcador de lo “propiamente histórico” y estaba cerrada al encuentro con las demás ciencias sociales. Los *Annales* propusieron reemplazarla por una “nueva historia” que fuera capaz de abrirse al diálogo fecundo con la geografía, la sociología, la economía, la antropología y la psicología social entre otras disciplinas. Febvre justificaba ese diálogo interdisciplinario al afirmar que “la historia es social por definición” y Bloch agregaba que “una ciencia no representa más que un fragmento del movimiento social hacia el conocimiento”.

Cuando Fernand Braudel asumió la dirección de *Annales* (sucesiendo a los “padres fundadores”) introdujo la idea del “motor de tres tiempos” para señalar que el aporte originario de la historia a la unidad de las ciencias sociales residía en interpretar lo social desde una estructura temporal caracterizada por diferentes ritmos de evolución. En su obra *La Historia y la ciencias sociales* (1968) Braudel sugería que al *tiempo corto* (o de corta duración) del *acontecimiento* analizado por el periodista se lo debía insertar en un *tiempo medio* (o de mediana duración) propio de la *coyuntura* y que era el foco de análisis del economista. Ambos “tiempos” estaban inscriptos dentro de un *tiempo largo* (*long durée*), de una *estructura*, de una matriz cultural donde el ritmo del cambio es casi imperceptible y constituye el aporte académico del historiador.

En este número de *Consonancias* se presentan tres miradas originales sobre la crisis financiera actual, y más allá de las particularidades de cada una de ellas, el hilo conductor es un enfoque cultural, de *long durée*. En el primer artículo, el doctor Felipe Tami traduce el pensamiento de Jean-Pierre Dupuy, quien busca articular la *crisis y lo sagrado*. Dupuy se pregunta qué lugar ocupa la economía en nuestras vidas individuales y descubre que ese lugar “es inmenso”. Sin embargo hace notar que la pura economía no nos revelará el sentido de la crisis; solamente una mirada a distancia –que piense la relación entre economía y religión– podrá hacerlo.

En el segundo artículo, el economista de la UCA Ernesto O’Connor intenta *salvar al capitalismo* de la figura del *homo oeconomicus*, recuperando las raíces antropológicas humanistas del sistema (apelando a sus valores fundacionales) antes de que éste cayera en el reduccionismo utilitarista y deshumanizante impuesto por la *mainstream* neoclásica. Finalmente, el economista y teólogo Octavio Groppa nos invita a reinterpretar *la crisis financiera como crisis de civilización*, según la propuesta hermenéutica del teólogo y filósofo canadiense Bernard Lonergan. Groppa sostiene que la crisis financiera internacional es una oportunidad para comprender con mayor profundidad cómo funciona el sistema capitalista y las bases sobre las cuales está edificado y sugiere que las soluciones posibles implicarán un lento cambio en nuestras instituciones, en nuestra cultura, en nuestros comportamientos.

* * *

La crisis y lo sagrado

Felipe Tami

En un reciente artículo,¹ el filósofo francés Jean-Pierre Dupuy ofrece una original interpretación de la actual crisis económico-financiera, asumiendo las teorías de René Girard acerca de la relación entre la violencia y lo sagrado. Presentamos aquí, en forma resumida, las principales ideas del texto de Dupuy.²

Para él, la cuestión central es el lugar que ocupa hoy la economía en nuestras vidas individuales y en el funcionamiento de las sociedades. Ese lugar es inmenso. Al hablar de economía el autor se refiere tanto a la economía como una parte de la realidad social (*the economy*), como a un tipo de mirada sobre los asuntos humanos (*economics*). La economía ha invadido el mundo y nuestro pensamiento. Por lo tanto, no será ella, según Dupuy, quien nos revelará el sentido de este fenómeno masivo, ya que es juez y parte. Solamente una mirada distanciada, que haya podido desprenderse de la economía, podrá asombrarse de que el hombre moderno se haya transformado, íntegramente, en “*homo oeconomicus*”

Según Durkheim, casi todas las instituciones sociales han nacido de la religión. El “casi” hace referencia a que hay una sola actividad social que parecería no estar ligada a la religión: la economía. Pero en realidad, como afirma Dupuy, el valor económico es una suerte de poder, de eficacia, y se sabe que la idea de poder tiene orígenes religiosos. Debe haber, entonces, alguna vinculación entre la idea de valor económico y la de valor religioso. Pero esa relación no ha sido estudiada. Es lo que, desde hace treinta años, se esfuerza en hacer Dupuy.

Su tesis es que no sólo hay que unir la economía a la religión, si se quiere comprender su sentido, sino que *la economía ocupa hoy el lugar que dejó vacante la religión debido al proceso de desacralización del mundo que caracteriza a la modernidad.*

El autor aborda la cuestión de la violencia de la economía. La actual crisis es una catástrofe moral, que, como las catástrofes naturales, afecta a todos, sin discriminación. El mal que golpea al mundo es ciego y no intencional. A diferencia de otras interpretaciones de la crisis –tanto las defensoras incondicionales del mercado como las que sostienen un complot del capitalismo– lo que para Dupuy se ha roto es “uno de los pilares de la teoría económica: la teoría de las incitaciones”. Algunas teorías (Rawls) afirman que las sanciones del mercado no son justas ni injustas. Las reglas son las mismas para todos y el proceso es impersonal. En cambio, los mismos teóricos dicen que hay, entre las acciones de los agentes y las sanciones del mercado, un vínculo que los incita a hacer elecciones racionales.

Diversos autores reconocen la “violencia” de la economía (caída de la actividad económica, desocupación). Sin embargo, hubo un momento en que se consideró que la economía era el medio por el que las sociedades en vías de desacralización podían contener la violencia. Hirschman, en “*The Passions and the Interests*”, cuenta la emergencia y declinación de la idea según la cual el comportamiento económico

¹ J.-P. DUPUY, *La crise et le sacré*, Études, mars 2009, n°4103, 341-352.

² Dado el propósito puramente expositivo de este texto, se omiten los comentarios que podrían suscitar las ideas de Dupuy desde la visión de algunas corrientes de pensamiento económico que exceden los límites convencionales del paradigma neoclásico.

individual (teorema de la mano invisible) es un remedio contra las pasiones que llevan a los hombres a la desmesura, la discordia y la mutua destrucción. En una sociedad en crisis, al no contarse con la religión como regulación exterior, la idea de que la economía podría contener las pasiones habría nacido de buscar un sustituto a “lo sagrado” y evitar la descomposición colectiva. Pero, como dice Hirschman, “se suponía que el capitalismo podría cumplir aquella que pronto sería denunciada como su peor característica.” Los comportamientos individualistas se imaginaban como remedio al contagio de las pasiones violentas.

Por su parte, Hayek habla de “las fuerzas ciegas del proceso social”. Para este autor, el mal consiste en que los hombres estén “sometidos a la voluntad arbitraria de otro.” La condición de la libertad es escapar a esa subordinación, y el remedio consiste en que cada uno se someta a una regla abstracta, impersonal y universal que lo trasciende. Este sometimiento, aún cuando esas reglas abstractas hayan sido engendradas por nosotros, es la condición de la justicia y de la paz social, ya que, por ser precisamente abstractas, cierran la fuente del resentimiento, de la envidia y de las pasiones destructoras: el daño, por grande que sea, que pueda ocasionar a alguien el mercado no es de ningún modo voluntario, y por eso no se sufre ninguna humillación.

Se plantea entonces la pregunta de si la economía es un remedio contra la violencia. ¿Remedio o veneno? Dupuy dice que vio la manera de superar esta contradicción al releer a Adam Smith y descubrir, al mismo tiempo, la obra de René Girard. En Smith hay un contraste entre la teoría de los sentimientos morales y la *Wealth of Nations*. Según Dupuy, para Smith “la economía *contiene* a la violencia”, en el doble sentido de la palabra. La *tiene*, la lleva en sí, pero a la vez la *frena*, “como si por la economía la violencia se mostrara capaz de autolimitarse, evitando así el derrumbe del orden social.” Para Smith los intereses individuales están “contaminados por las pasiones destructoras que contienen”, siempre en ese doble sentido. El amor a sí mismo es amor propio, y por eso necesita ganar la simpatía o admiración de los demás. Deseamos la riqueza porque ella nos consigue la admiración de los otros, una admiración “teñida de envidia”. Así se produce, junto a la prosperidad, la “corrupción de nuestros sentimientos morales”.

Aquí sucedió el descubrimiento –para Dupuy– de la antropología de la violencia y de lo sagrado de Girard. La tesis central de éste es que, a través de lo sagrado, la violencia de los hombres se limita a sí misma. Lo sagrado es la “buena” violencia institucionalizada que regula la “mala” violencia anárquica, “su contraria aparentemente”. ¿Y si no hubiese diferencia entre una y otra violencia?, se pregunta Dupuy. Estas “cosas ocultas desde la Creación del mundo” nos han sido reveladas, según Girard, por la Pasión de Cristo y los relatos del Nuevo Testamento. Ahora bien, si –como afirma Girard– la Revelación acerca de la violencia destruye la eficacia de los sistemas sacrificiales y nos coloca frente a nuestra propia violencia, entonces, según Dupuy, esta antropología abre una cuestión que no resuelve: ¿cómo explicar que la humanidad no haya conocido (¿aún?) la desgraciada experiencia que han hecho a lo largo de la historia innumerables grupos humanos: la autoaniquilación por la violencia intestina?

En un libro escrito hace treinta años por Dupuy y el filósofo Dumouchel, se afirma que la economía es la continuación de lo sagrado por otros medios. Como lo sagrado, la economía frena la violencia por medio de la violencia, la violencia se distancia de ella misma para autoregularse. Por eso la economía es, para Hegel, “la forma esencial del mundo moderno”, mundo puesto en peligro extremo por el ocaso de los dioses. Es en

este contexto que, para Dupuy, hay que pensar la crisis presente para encontrarle un sentido.

Se trata entonces de pensar la autoexteriorización o autotranscendencia (Hayek) de la economía. Pero esta figura no se presenta en la forma de un mal que se autotransciende y se contiene a sí mismo, sino como un bien que contiene al mal (o un fin a los medios), sirviéndose de él como un mal necesario (“vicios privados, ventajas públicas”, como reza la fórmula de Bernard de Mandeville). El modelo del equilibrio económico de Walras reproduce el mismo esquema, hoy criticado cuando se dice que la crisis ha quebrado el mito de la autoregulación espontánea de los mercados y se concluye que habría que regularlos. En realidad, afirma Dupuy, el mercado, y más ampliamente la economía, tienen la capacidad de autoregularse, pero, por una parte, esta autoregulación pasa por la emergencia de una autoridad que se le va a imponer, y por otra, las consecuencias pueden ser desastrosas con respecto a criterios de eficacia y de justicia. El mercado se autoregula, incluso cuando entra en régimen de pánico. Se autoregula produciendo su propia exterioridad. Según el esquema más simple, los precios y su dinámica constituyen tal exterioridad.

Lo que importa comprender es que esta autoexteriorización del mercado es la manera en la que, en economía, la buena violencia tiene a distancia a la mala violencia; pero *¿no son una y otra la misma violencia*, según se dijo al hablar de lo sagrado? Todos los análisis de la crisis multiplican falsas oposiciones jerárquicas entre el bien y el mal, siendo este último un mal necesario, al servicio del bien. Así, por ejemplo, la oposición entre economía “real” y economía financiera, mercado regulado y mercado especulativo. Pero *hay que mostrar las verdaderas identidades que se esconden detrás de estas falsas diferencias*. La economía financiera sería el mal por ser el mundo de la especulación, es decir de la ilusión, al que se opondría la economía real, sólida. Especulación evoca la idea de espejo. La acción especulativa consiste en adquirir un bien no porque se lo necesite, sino porque se podrá hacer una ganancia con su venta. El espejo es, pues, la mirada que otro tiene sobre el bien en cuestión. Ese bien, en el campo de las finanzas, es un registro contable, una acción, un instrumento de deuda, una moneda. *Pero la economía real está sujeta a la misma lógica especular*: deseamos un bien porque otro nos lo muestra como deseable. Concluye Dupuy que la oposición normativa entre economía financiera y economía real no es seria.

Como lo sagrado antes que ella, la economía está perdiendo la capacidad de producir ella misma las reglas que la limiten, es decir, la autotranscendencia. Tal es el sentido profundo de la crisis. En situaciones de pánico “no hay más exterioridad”. Los grandes actores financieros que quieren refundar el sistema financiero internacional, e incluso el capitalismo, son tan arrogantes como Napoleón, que se coronó a sí mismo como Emperador. Es decir que pretenden ponerse por sí mismos en posición de exterioridad, es decir de autoridad. Cada día que pasa vemos lo que eso cuesta. Las inyecciones ilimitadas de liquidez destinadas a restituir la confianza a los mercados, producen el efecto contrario, porque los mercados piensan que solamente el pánico puede motivar esas medidas extremas. Hablar de la reconstrucción del capitalismo por medio de la regulación de los mercados es ingenuo, porque supone que ya se ha resuelto el problema inaudito de la desaparición de toda exterioridad. *Al ocupar todo el espacio, la economía se ha condenado a sí misma*.

* * *

La crisis económica y humana del capitalismo financiero-consumista

Por Ernesto A. O'Connor

Introducción

El capitalismo se encuentra sumido en una profunda crisis: la mayor desde 1930. Pronósticos que oscilan entre el fin del sistema y una recesión más o menos duradera, muestran divergentes posiciones y, muchas veces, “sensaciones personales”, que esta situación genera. Es que el capitalismo parece haber ingresado en una crisis endógena a su propia dinámica. La pregunta que muchos se formulan es si el propio sistema puede encontrar por sí mismo la solución, de manera de no generar en la humanidad del presente más efectos negativos de los que ya está produciendo la crisis global.

En este trabajo se analizan los antecedentes del capitalismo desde los aportes de la teoría económica moderna así como desde una mirada antropológica. Desde esta perspectiva, la crisis actual nace de una visión particular del *homo oeconomicus*, que se aparta de una cosmovisión cristiana, y que ha tenido como resultado un retroceso en la regulación y una confianza ciega en los mecanismos de equilibrio de mercado.

En el primer punto analizaremos brevemente el sendero histórico del capitalismo entre 1970 y 2008, para poder comprender algunos aspectos de la actual crisis del capitalismo financiero-consumista. Revisaremos los antecedentes de la teoría económica que han dado fundamento a esta visión en las últimas décadas. En el segundo punto abordaremos la dimensión humana de la crisis económica del capitalismo financiero-consumista, profundizando en los antecedentes antropológicos del sistema y en el *homo oeconomicus*. En el tercer punto presentaremos algunas reflexiones finales que tratan de ser esperanzadoras, en el sentido de analizar las posibilidades de gestación de un sistema económico que seguirá siendo capitalista, pero con una mayor regulación, una mayor función social del capital, un menor consumismo, y una redistribución de la riqueza más justa, a partir de una antropología más humana.

I. La actual crisis del capitalismo financiero-consumista. Antecedentes en la historia reciente y en la teoría económica

El camino histórico del capitalismo entre 1970 y 2008

Hasta 1970, el sistema financiero de los países desarrollados mantenía las instituciones y organizaciones derivadas de los cambios implementados luego del *crack* de 1929 y de la segunda guerra mundial. En este período se consolidaron los bancos centrales de los países, con el objetivo de preservar el valor del dinero y de regular el funcionamiento del sistema financiero. Éste, a su vez, estaba integrado fundamentalmente por bancos comerciales –muchos de ellos tradicionales– que brindaban solidez y confianza al sistema. Los márgenes de acción de dichos bancos comerciales eran mucho más limitados que los vigentes en la actualidad, pues, por ejemplo, no participaban de los mercados de capitales ni operaban como bancos de inversión.

Se trataba básicamente de un capitalismo productivo con algunas características de equidad. Era un capitalismo conocido como “fordismo”: una organización económica de producción y consumo de masas, con pleno empleo, estable y permanente, y con

amplio acceso a bienes y servicios homogéneos como resultado del salario más que del crédito, que existía pero en menor escala.

Es relevante distinguir, a su vez, entre las diversas formas de capitalismo vigentes hasta entonces. Por un lado, el capitalismo de mercado anglosajón. Por otro, el capitalismo de Estado de Europa continental, y el sub-caso del capitalismo escandinavo, con un Estado redistribuidor aún más activo que en el resto de Europa. También cabe distinguir sistemas de capitalismos mixtos, que se fueron implementando en países no desarrollados, como en América Latina o en Asia- Pacífico, con un *mix* Estado-sector privado. El “fordismo” se desarrolló plenamente en Europa y América del Norte. En todos los casos, el capitalismo financiero tenía un rol diferente, donde la creciente desregulación del sistema financiero desde mediados de la década de 1970 – más marcada en el mundo anglosajón y más atenuada en las otras formas de capitalismo – habría sido crucial en la gestación de la crisis actual.

Progresivamente se fue avanzado hacia la desregulación del sistema financiero en los EE.UU. y en el Reino Unido. Algunas causas fueron:

1) la crisis ideológica y de implementación del keynesianismo, debida a los resultados negativos en materia de inflación, déficit fiscal y menor crecimiento, que provocaron un cambio ideológico hacia corrientes neoclásicas que propiciaban la desregulación y liberalización de toda la economía, lo que implicaba el retroceso del Estado interventor y benefactor;

2) los mayores consensos políticos en torno al cambio de modelo económico hacia un capitalismo de mercado en los países desarrollados, sobre todo en EE.UU y el Reino Unido, aunque con menor intensidad en Europa continental;

3) la revolución tecnológica que se desarrolló desde mediados de la década de 1980, con expansiones en la informática, en las comunicaciones, y el impacto de las nuevas tecnologías en los sistemas productivos y, fundamentalmente, en el sistema financiero.

Hacia tiempo que la “economía keynesiana” tal como se la había conocido en el mundo académico y en la política económica, había entrado en un cono de sombras. Se entiende por “economía keynesiana” la integración entre la microeconomía neoclásica y los elementos centrales de la política macroeconómica propuesta por Keynes; básicamente los derivados de la interpretación del capítulo dieciocho de la *General Theory*, más conocida como la “síntesis neoclásica”, elaborada por Hicks y Samuelson, entre otros. Los magros resultados en materia de performance macroeconómica y microeconómica, la inflación y el desempleo de la década de 1970 en los países desarrollados, y en la década de 1980 en las economías subdesarrolladas –por ejemplo de América Latina– significaron el ocaso de la vieja política de la “economía keynesiana”.

La visión *market-friendly*, instalada desde lo académico por el monetarismo de Milton Friedman y luego por la Nueva Macroeconomía Clásica en 1970, recuperó el liderazgo en materia teórica y también en la práctica de la política económica.³ Así, una correcta política macroeconómica es la que sienta las bases del crecimiento a partir de la

³ Son claras las influencias de la literatura de Robert E. Lucas Jr., Thomas Sargent y del mismo Hayek, sobre la política económica norteamericana desde los años '80.

liberalización de los mercados y la desregulación de la economía, con el retiro del Estado regulador, interventor, productor y benefactor. Es interesante notar que Lucas y Sargent auguraban el fin del keynesianismo, en un trabajo de 1979, donde anticipaban que la economía ingresaría en un proceso de equilibrio de mercados y liberalización⁴.

Esta visión, ya como propuesta global, fue expresada tanto en el Consenso de Washington (1990) como en el Informe de Desarrollo Mundial del Banco Mundial (1991), y se impuso en muchos países del mundo, en forma más o menos progresiva, hasta nuestros días, cuando ante la crisis global, el primer ministro inglés Gordon Brown afirmó en la Cumbre del G-20 del 2 de abril de 2009 que el Consenso de Washington había terminado.

La globalización en la década de 1990 trajo aparejados cambios económicos profundos: en lo financiero, con la libre movilidad de capitales, facilitada por la revolución tecnológica, se generó un capitalismo informático y global; en lo productivo, se manifestó con grandes flujos de inversión extranjera directa y comercio de servicios; en lo ideológico, conllevó un cambio en las ideas económicas, pues se afirmó la contra-revolución neoliberal, que se venía implementando en EE.UU. y en el Reino Unido desde hacía ya una década.

Se ingresaba en la *era de la información*, en la *sociedad del conocimiento*, donde la innovación y la invención se tornaron fuentes determinantes del crecimiento. Al respecto, fue posible plantear la aplicación del nuevo conocimiento técnico en los procesos productivos, lo cual significó el fin del “fordismo” como método de producción estándar. Se pasó a la flexibilidad en los procesos productivos y a los bienes y servicios heterogéneos. Por otra parte, el consumo segmentado, el desplazamiento del empleo seguro tradicional y su reemplazo por el empleo calificado flexible y desregulado, así como el auge del sector servicios, generaron ganadores y perdedores. Evidentemente, se trataba de un cambio de época (la post-modernidad) con transformaciones económicas de significación.

Comenzó – puntualmente en EE.UU. – la liberalización financiera en gran escala. La desregulación permitió, progresivamente, en un período que se puede ubicar entre 1981 y 2008, que los bancos comerciales fueran incursionando en todo tipo de negocios, por ejemplo, mercados de mayor riesgo, como los accionarios e inmobiliarios. Los bancos también pudieron ingresar en el negocio de los seguros y en los diversos instrumentos de creación de dinero secundario de los mercados de capitales. Las entidades financieras de menor solvencia también pudieron operar en los mercados de crédito. El resultado fue una sostenida creación de dinero secundario, retroalimentada por el cambio tecnológico, que aceleraba las transacciones. La demanda de crédito, por su parte, ávida de necesidades reales y superfluas, fruto de la sociedad de consumo – que ahora ofrecía más y nuevos productos generados por el cambio tecnológico – fue consolidando la contracara del capitalismo financiero durante la década de 1990.

Los enfoques de liberalización financiera y desarrollo de la inversión extranjera directa (IED) se dieron también en el Reino Unido y en Irlanda. En Europa continental, en cambio, si bien la globalización impulsó el avance del capitalismo financiero,

⁴ Ver Robert E. Lucas, Jr., y Thomas J. Sargent (1979) *After Keynesian Macroeconomics*, *Quarterly Review*, Federal Reserve Bank of Minneapolis, Spring.

predominó, por cuestiones culturales, un capitalismo donde el Estado reguló más, y a su vez se mantuvo un Estado social benefactor.

El cambio impulsó nuevas estrategias de desarrollo en el mundo. En la década de 1990 el paradigma de desarrollo en América Latina pasó por la inserción internacional, con una estrategia de "desarrollo hacia afuera", basada en el Consenso de Washington, término que fue usado públicamente como idéntico de "neoliberalismo" o "fundamentalismo de mercado" (el mercado por sí mismo arregla todo)⁵. En 1988, a través del Post-Consenso de Washington, se propusieron desde el Banco Mundial las "reformas de Segunda Generación"⁶, que apuntaban a consolidar este enfoque. Las crisis internacionales del capitalismo financiero, expresadas en los países emergentes México, Corea, Tailandia, Rusia, Brasil, Turquía y, finalmente, en 2001, Argentina – que, en alguna medida arrastró a Uruguay y Brasil– fueron determinando el fin del ciclo financiero global. Además, a comienzos del milenio, nuevas preocupaciones globales como el terrorismo, y un desplazamiento del interés hacia los nuevos mercados de Asia Pacífico terminarían por aislar relativamente a América Latina del mapa geopolítico y económico de interés global. En América Latina, como efecto de la globalización, si bien avanzaron la modernización y el acceso al consumo de bienes de todo tipo, tanto necesarios como superfluos, también aumentaron la pobreza y la desigualdad. La caída del salario en relación al capital, la segmentación del mercado de trabajo, y la erosión de la capacidad distributiva del Estado determinaron un mayor desempleo y que la población bajo la línea de pobreza subiera del 41% en 1980, al 44% en 2000, y llegara al 55% en 2003, luego de las crisis señaladas en los países del Cono Sur. América Latina siguió siendo la región con mayor desigualdad del mundo, si bien la pobreza se estabilizó en un 42% en 2007, según la CEPAL.

Por su parte, importantes economistas del desarrollo han criticado al Consenso de Washington. Según Joseph Stiglitz (2002), "la doctrina del Consenso de Washington fracasó debido a la prioridad que se le dio a las rápidas privatizaciones y la falta de atención en la construcción social y la organización del capital". Dani Rodrik (2004) señala que el ejemplo de China y de los países del sudeste asiático, con su desarrollo desde los años sesenta, es elocuente en el sentido de que las causas de su despegue no se vinculan en absoluto con los postulados del Consenso de Washington, sino con políticas activas diferenciadas por países y gobiernos fuertes, con instituciones estables. Desde otra perspectiva, en un trabajo de divulgación, Thomas Friedman (2007) realiza un conocido recorrido crítico por la historia de la globalización⁷.

⁵ Los diez puntos son: disciplina fiscal, redirección del gasto público (salud, educación primaria e infraestructura, descentralización), reforma tributaria, liberalización de la tasa de interés, tipo de cambio competitivo, liberalización del comercio, liberalización de la entrada de capitales, privatizaciones, desregulación, seguridad jurídica. Williamson, John (1990) *Latin American Adjustment: How much has happened?* Institute of International Economics, Washington D.C.

⁶ Instituciones sólidas, inflación baja, equilibrio fiscal, buscar el crecimiento a largo plazo, cuidar el trade-off Eficiencia vs. Equidad, capital humano como prioridad, considerar las fallas de mercado y fallas del Estado, mayor regulación financiera, preocupación por la ecología.

⁷ Rodrik, Dani (2004), *Rethinking Growth Policies in the Developing World*. Harvard University Press. October. Stiglitz, Joseph, (2002) *Malestar en la globalización*. Editorial Taurus. Bs. As., 2002. Friedman, Thomas L. (2007) *The World Is Flat, 3.0. A Brief History of the Twenty-First Century*. Picador. July 2007.

En esta década del 2000, el auge de la globalización financiera dejó paso a una renovada globalización comercial, debido a la abrupta aparición de China y luego de India, con crecientes demandas de bienes primarios, como petróleo, metales, alimentos (mayormente producidos en América Latina), que impulsaron los precios de los *commodities*. EE.UU. ha sido otra locomotora mundial, con gran cambio tecnológico y mayor productividad, mientras que las guerras del petróleo en Medio Oriente no hicieron sino llevar el precio del crudo a un récord impensado.

De la crisis de las hipotecas *subprime* a la crisis internacional 2008-2009

Luego del *boom* económico de la “era Clinton”, en EE.UU., en el año 2000 se desató una crisis hacia confianza de las empresas “punto com”, con una fuerte caída del índice bursátil Nasdaq. La Reserva Federal (Fed) actuó para controlar la crisis de las “punto com” y bajó la tasa de interés desde 6.5% a 2.5% anual, en menos de un año, con el fin de reactivar la economía. Con tasas tan bajas, los bancos comerciales buscaron recuperar rentabilidad otorgando créditos en segmentos donde podían cobrar mayor tasa, como el segmento *subprime* del mercado hipotecario⁸. En este mercado, de un riesgo superior, se debía pagar una mayor prima de riesgo. Los bancos no estimaban que el riesgo fuera tan alto porque creían que el precio de las propiedades seguiría subiendo y, por lo tanto, en caso de morosidad, el banco se quedaría con una propiedad de valor muy superior al crédito concedido. La multiplicación de los créditos, en este proceso de *securitización*⁹, de la mano del crecimiento de la economía, con la Fed bajando aún más la tasa frente a la crisis del 11 de setiembre de 2001, fue realimentando el círculo. El nuevo crecimiento de la economía global, a partir de la demanda asiática, impulsó el precio de los activos, y las propiedades comenzaron a valorizarse cada vez más. Las políticas monetarias y fiscales expansivas en EE.UU., con tasas muy bajas, acompañaron el proceso de multiplicación de dinero bancario. El mercado se superpobló de activos riesgosos que solamente se podían cobrar si las familias *subprime* pagaban sus hipotecas.

Paulatinamente, los crecientes “déficit gemelos” de EE.UU.¹⁰ fueron obligando a la Fed a ir aumentando la tasa de interés, para tratar de revertir el exceso de gasto de consumo por parte de las familias y los déficit. El gobierno, por su parte, debió moderar algunos gastos ante el mayor endeudamiento público. Así, desde 2007, fue cayendo el precio de la vivienda y, en medio de mayor incertidumbre laboral, se incrementó la morosidad de las familias *subprime*, imposibilitadas de pagar a una tasa de interés mayor. Luego, se desató la crisis financiera por la falta de confianza de los bancos, atados a una larga

⁸ Los créditos *subprime*, y en particular las hipotecas *subprime*, son un tipo de crédito hipotecario extendido en EE.UU. en los últimos años, y se caracterizan por tener un nivel de riesgo de no pago superior al promedio del resto de créditos, por haber sido otorgados a tomadores de crédito de baja calificación, o sea, de baja capacidad de pago.

⁹ La *securitización* o *titulación* es el proceso por el cual se transforman activos ilíquidos en títulos negociables, o sea en activos líquidos. Por ejemplo, se reúne un conjunto de activos como ser hipotecas, pagarés, compras en cuotas con tarjetas de crédito, etc., que se usan como respaldo para la emisión de nuevos títulos valores, que se negocian en lo que conoce como mercado secundario, pues es derivado de un mercado primario u original. La multiplicación de la *securitización* crea dinero sin respaldos suficientes, que puede generar una crisis ante un problema en la cadena de pagos.

¹⁰ Se entiende por *déficit gemelos* al déficit fiscal y de balanza de pagos en conjunto. El déficit fiscal surge cuando los ingresos de Estado son menores al gasto público. El déficit de balanza de pagos implica una relación deficitaria del país con el resto del mundo, es decir, el resto del mundo está financiando con entrada de capitales parte del consumo, gasto público e inversión del país.

cadena crediticia que integraban entidades financieras de todo tipo y de distinta solvencia, y que provenía del otorgamiento masivo de las hipotecas *subprime*.

En setiembre y octubre de 2008, la crisis financiera contagió definitivamente al resto de la economía global, activando el rol de los gobiernos y bancos centrales de los países desarrollados. La desaparición de grandes bancos privados de inversión, como Lehman Brothers, Merrill Lynch y Bear Stearns, fue una señal sorpresiva, un *shock* para el capitalismo financiero.

Evidentemente, la causa económica mayor ha sido la falta de regulación al capitalismo financiero, hoy globalizado gracias a la informática y con mayor capacidad de potenciar los *booms* y las crisis. El problema central es una crisis de confianza, que genera problemas de solvencia y liquidez. Como en la década de 1930, se manifiesta una “paradoja del ahorro” donde los agentes ahorran más ante la incertidumbre, se desploma la inversión, cae el consumo, caen las ventas, baja la producción, cae la rentabilidad, aumenta el desempleo, cae más el consumo, cae el precio de los activos, la inflación cede (por ahora no crece pese a la emisión monetaria en EE.UU), y aumenta más el ahorro. De este círculo vicioso se sale, habitualmente, con nuevas instituciones, renovada confianza y una dosis de creatividad.

El presidente Obama ya ha anunciado que la recuperación total llevará más de dos gobiernos. Su gabinete apunta a resolver la crisis con algunos ex funcionarios de la gestión de Clinton, con una visión político-económica de centro. La mayoría de los economistas de la nueva gestión, por lo menos hasta ahora, están a favor del libre comercio, con un gobierno que amortigüe el impacto de la competencia, pero que no avance demasiado en la regulación. Las principales medidas anunciadas se enmarcan, de todos modos, en un keynesianismo aún moderado de intervención –menor al europeo–, pero con capitalizaciones del Estado en los bancos y empresas en problemas, y un importante plan fiscal de estímulo, junto a tasas de interés en pisos históricos.

Por ahora no se ha atacado el problema central de la desconfianza, la crisis de las instituciones financieras americanas, tales como la banca de inversión, la banca hipotecaria, las calificadoras de riesgo y los organismos estatales reguladores. Estas entidades, sea por falta de regulaciones, sea por cuestiones éticas de fondo, fallaron en la crisis y han sido parte de su origen. De este modo no se limita el proceso de *securitización*, causa directa de la crisis. De no mediar reformas institucionales, pareciera que la confianza tardará más en retornar. La visión europea, por su parte, ha implementado, en menor medida, paquetes de expansión, proponiendo en cambio mayores ajustes fiscales y una más estricta regulación del sistema financiero internacional.

II. La dimensión humana de la crisis económica del capitalismo financiero-consumista

Resulta importante tener en cuenta la antropología dominante en la *mainstream* de la economía, en particular en EE.UU., país epicentro de la crisis global actual. Esto puede ser útil para entender algunos aspectos del capitalismo financiero-consumista, y poder imaginar un mundo algo distinto, para empezar un cambio, donde podría surgir un nuevo sistema, aún capitalista, menos centrado en lo financiero y en el afán de lucro y

acumulación. Tal planteo implicaría una antropología que recupere elementos que favorezcan relaciones económicas humanas más equitativas y personales.

El *capitalismo financiero-tecnológico-consumista*, vigente desde el proceso de desregulación financiera de la década de 1970 en EE.UU., y en la de 1990 en buena parte del mundo, ha exacerbado por una parte la lógica de la acumulación y por otra el consumo superfluo. Asimismo, si bien no todas las operaciones realizadas en los paraísos fiscales son delictivas –como sí lo son el giro de fondos por evasiones de impuestos, lavado de dinero y diversos tráficós ilegales– es indudable que el secreto bancario ha operado en un sentido de excesiva protección egoísta del capital, que pierde así su función social. Inevitablemente, la codicia humana crece y da paso a una menor solidaridad, aumentando la inequidad global. ¿Cómo es el *homo oeconomicus* del capitalismo financiero actual? ¿Es este *homo oeconomicus* de la ciencia económica el que representa a todos los hombres? ¿Es el mismo en todos los pueblos y naciones?

Ante todo, comenzando por el agente económico de los economistas clásicos, éste era un hombre concebido con todas sus facultades, a partir de los roles desempeñados en la economía y en la sociedad. No en vano los clásicos del siglo XVIII y XIX escribían sobre “Economía Política”, donde capitalistas, burgueses, terratenientes, trabajadores y desocupados eran todos activos protagonistas. Con todo, la antropología económica británica (Bentham), heredera inmediata del análisis antropológico de la escuela escocesa (Hume, Smith), establece un *homo oeconomicus* competitivo, individualista (que no implica no solidario), utilitarista, racional, responsable de su destino en la tierra (reflejo de la vida eterna) y por ende en la economía, limitando el rol de la solidaridad o de la redistribución estatal que implicaría una potencial injusticia al no haber aprovechado los propios talentos. En tal planteo se puede reconocer una cosmovisión esencialmente protestante- anglosajona, tal como lo destaca Max Weber (1905), quien afirma que desde la ética protestante se deriva un espíritu capitalista. Precisamente, la colonización británica de la costa este de Norteamérica en los siglos XVII y XVIII había tenido un alto componente de inmigrantes puritanos, que sentaron las bases antropológicas de los agentes económicos norteamericanos. El propio Oscar Wilde presenta, en su obra maestra *El Fantasma de Canterville* (1887) el contraste entre la manera pragmática de vivir, pensar y resolver los nuevos problemas por parte de los norteamericanos, frente al –en su visión– decadente conservadurismo inglés de la era victoriana.

Desde esta visión antropológica, la economía política fue dando paso a la “Economía”, con la nueva postura de los neoclásicos o marginalistas. Como es sabido, Menger, Jevons y Walras (entre 1870 y 1874) desarrollaron el enfoque marginalista en Europa, y de sus trabajos se desprendieron dos corrientes de pensamiento económico: detrás del primer autor se encolumnó la escuela austríaca, y siguiendo a los dos últimos, pero sin negar lo esencial de Menger, lo hizo la corriente neoclásica básicamente anglosajona. La escuela neoclásica se transformó en la dominante, en la *mainstream* de la Economía en el siglo XX hasta nuestros días, y lo hizo según su propia lectura debido al instrumental matemático que aportó. Sucedió así sobre todo desde Walras, para formalizar las observaciones de fenómenos económicos, y de este modo no sólo proveer de elementos precisos de análisis a los investigadores económicos, sino también aproximar la Economía como ciencia a otras ciencias naturales como la Física, la Química o la Biología. A diferencia del enfoque de Walras, en Menger existe una praxeología implícita (que será desarrollada por Von Mises al describir la acción

humana en la economía), mientras que en el enfoque de Walras la acción humana queda totalmente limitada a la posibilidad de elección sobre alternativas ya existentes, en forma mecánica, hecho por otra parte casi imprescindible para modelizar el comportamiento económico en forma matemática. Desde otra perspectiva, se podría decir que esta corriente se transformó en *mainstream* debido al éxito económico sucesivo de las dos potencias de los siglos XIX y XX, Inglaterra y EE.UU., donde se consolidaron estas escuelas.

Detrás de los fundamentos microeconómicos de la escuela neoclásica se pueden apreciar claramente las categorías de consumidor y de unidad de producción, en las cuales el hombre, en su condición de manipulador y constructor de la realidad, tiene una participación limitada. Dicha participación queda reducida, en su esencia, a dar respuestas de índole mecánica ante estímulos que provienen de la economía. Estas consideraciones son claves para entender la actual antropología consolidada con el capitalismo financiero de nuestros días.

Las visiones más recientes de la corriente principal de la ciencia económica, es decir, de la neoclásica, implicaron un retroceso aún mayor dada la reducción de características humanas del *homo oeconomicus*. Desde la escuela de la Nueva Macroeconomía Clásica o de Expectativas Racionales, dominante desde fines de la década de 1970 hasta la crisis de las hipotecas de 2008, se anula en los hechos el rol de las expectativas y de la incertidumbre, acentuando aún más la lectura reduccionista del comportamiento humano. Queda de manifiesto cuando supone que los agentes representativos son reflejo de esquemas de racionalización de sus conductas y de maximización y acotan la incertidumbre a meros esquemas de probabilidades¹¹.

En un extremo, posturas como las de Gary Becker (1976) plantean una extensión del *homo oeconomicus* a todas las dimensiones de la vida humana, donde todas las decisiones personales son fruto de un análisis costo-beneficio, desde el matrimonio hasta el gasto en la educación de los hijos¹². Más extremas aún, y teniendo como antecedente al propio Becker, las más recientes visiones socio-bio-económicas, como las de Arthur Robson (2001) y el evolucionismo, directamente pasan por alto el rol de las expectativas y van más allá de la mecanicidad de los procesos económicos por parte de los agentes, adhiriendo, por ejemplo, al determinismo biológico, donde encuentran relevantes explicaciones para la acción del hombre en la economía¹³.

Es importante comprender que, bajo esta postura antropológica dominante en la visión de la *mainstream* neoclásica, el capitalismo ha intensificado algunas tendencias en las últimas décadas, de la mano de una mayor liberalización financiera, con el *boom* del consumo y del comercio global. Un fenómeno a destacar es que la postmodernidad, con

¹¹ Son los trabajos pioneros de Lucas, Sargent, Kydland, Prescott y Barro, entre otros autores, desde comienzos de los años '70, donde se sientan las bases científicas del neoliberalismo que regirá desde los años '80 hasta la actualidad.

¹² Becker, G.S.: "Altruism, Egoism and Genetic Fitness: Economics and Sociology", *Journal of Economic Literature*, september, 1976. Becker, G.S.: "The economic approach to human behavior", cap. 1 de Becker, G.S. *The Economic Approach to Human Behavior*, Chicago University Press, Chicago, 1976. Becker, G.S.: "Nobel Lecture: The Economic Way of Looking at Behavior". *Journal of Political Economy*, July, 1993.

¹³ Robson, A.J. (2001) "The Biological Basis of Economic Behavior", *Journal of Economic Literature*, march, 2001. Robson, A.J. (2002) "Evolution and Human Nature". *The Journal of Economic Perspectives*, spring, 2002.

su estela de individualismo y relativismo, compartiendo espacios temporales con el capitalismo financiero, ha afectado el tejido social y uno de sus efectos ha sido la disgregación de los intereses colectivos, lo cual no carece de implicancias en la economía. El paso de un consumo de masas de la era keynesiana, con productos masivos para muchos, a un consumo segmentado para unos pocos con alto poder adquisitivo, es apenas una expresión económica de un fenómeno más profundo, donde la producción en masa ya no es un objetivo, y, a veces, tampoco es una demanda de la sociedad. Se desprende de ello que el individualismo y la exclusión son mayores.

Nos detuvimos en algunas características de este *homo oeconomicus* de la *mainstream* anglosajona. Señalemos ahora que, con el correr de las décadas ellas se han trasladado, sobre todo desde la globalización de la década de 1990, en mayor o menor medida, a distintas naciones, donde el comportamiento de los agentes económicos locales se asimila enormemente al del agente neoclásico anglosajón. Es necesario destacar que sucede con una particular antropología *extra-económica* en cada región del planeta. A partir de la globalización cultural facilitada por los medios de comunicación y de la internacionalización del capitalismo financiero tecnológico, con la multiplicación del crédito a nivel global, se potenciaron los objetivos de igualar patrones de consumo, fomentando indirectamente el individualismo.

Pero aún bajo este contexto de la ciencia económica, para un agente económico postmoderno, individualista, maximizador y racional, la incertidumbre no deja de aparecer en el horizonte. En la actual crisis global, los agentes económicos se enfrentan a una alta incertidumbre, a partir de una visión antropológica que los prepara para el consumo presente y la satisfacción de necesidades -sin evaluar su eventual superficialidad-, y que, frente a la crisis, no puede satisfacer. Por otra parte, los agentes económicos en todo el mundo (pero esencialmente en el subdesarrollado) han tenido problemas de acceso a bienes y servicios de consumo básico previo a la crisis, provocado por la dinámica de acumulación y especulación propia del sistema.

Existen consecuencias no deseadas de la nueva situación socioeconómica para las cuales la teoría neoclásica se presenta como insuficiente. Akerlof y Schiller (2009)¹⁴ plantean, a partir de una lectura económica y antropológica de la crisis actual del capitalismo, el modo en que la psicología humana impacta en la economía, y la importancia que esto cobra para el capitalismo global. Los autores rescatan el concepto de *Animal Spirits*, de J.M. Keynes, cuando éste describía una serie de emociones, impulsos y entusiasmos que movilizaban a los agentes, más allá de la configuración de un *homo oeconomicus* estándar *mainstream*. Para la ciencia económica, según estos autores, el comportamiento humano descansa excesivamente en los supuestos del *homo oeconomicus*, cuando en realidad existen factores psicológicos que alteran la supuesta racionalidad en las decisiones. Por ejemplo, creer que los mercados pueden actuar racionalmente sin una fuerte regulación del Estado fue un error del reciente capitalismo, pues los *Animal Spirits* jugaron un rol no menor en la gestación de la crisis, y no se los puede desconocer argumentando un comportamiento racional de los agentes que evite la intervención estatal.

III. ¿Es posible un nuevo capitalismo más humano y solidario?

¹⁴ Akerlof, George A. and Robert J. Shiller (2009). *Animal Spirits. How Human Psychology Drives the Economy, and Why It Matters for Global Capitalism*. Princeton University Press.

Estas breves reflexiones finales pretenden ser esperanzadoras, en el sentido de plantear lineamientos de gestación de un sistema económico que seguirá siendo capitalista, pero que debería incorporar una dimensión humana distinta, para neutralizar efectos no deseados que el mercado desregulado ha potenciado.

Ante todo, es necesario no pecar de falta de realismo a la hora de plantear hipótesis sobre un tema como el futuro del capitalismo. Es menester opinar con competencia sobre un problema tan complejo, para el cual las soluciones son muchas veces totalmente ajenas a los mejores deseos. En este sentido, es importante ir diseñando propuestas concretas que puedan ser útiles para lograr soluciones eficientes.

Es evidente que el capitalismo financiero-consumista necesita una mayor regulación (sin volver por ello a los sistemas vigentes durante el fordismo), pues el mundo ha cambiado. Una dirección posible para ello pasa por limitar el proceso de *securitización*. Este aspecto del sistema potencia el crédito y el consumo, en buena medida superfluo, de algunos habitantes de algunos países. Al mismo tiempo, la población más careciente o los inmigrantes de los países desarrollados no tienen acceso a sistemas de salud y educación óptimos, que bien podrían ser previstos por los Estados a partir de una mayor regulación financiera y una redistribución de fondos públicos. Un mundo en subdesarrollo y en crisis alimentaria no es compatible con un capitalismo sin regulación nacional ni internacional.

Si el exceso del mercado llevó al desequilibrio, tampoco un exceso de Estado será positivo, sobre todo por el riesgo del autoritarismo. Pero la “autoridad central” de Keynes resurge con mayor fuerza, pese a cierta falta de precisión del propio Keynes en su definición de la autoridad central. “Creo, por tanto, que una buena socialización de las inversiones será el único medio de aproximarse a la ocupación plena, aunque esto no debe excluir cualquier forma de transacción o medio por los cuales la autoridad pública coopere con la iniciativa privada. Pero fuera de esto, no se aboga francamente por un sistema de socialismo de Estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad” (Keynes, 1936). Esta socialización de las inversiones no sería, en nuestro caso, más que una regulación fuerte del sistema financiero.

El resultado de una mayor regulación debería ser un capitalismo con una mayor función social del capital, un menor crecimiento del consumo agregado y personal, y una drástica caída del consumo superfluo –por los límites a la creación de dinero–, una mayor solidaridad y más ocio a nivel personal, así como una redistribución más justa de la riqueza. El fundamento de una desregulación que tuviera estos efectos no es la necesidad de reordenamiento macro y de restitución de la capacidad de consumo de las familias de los países desarrollados, sino una antropología económica más humana con efectos como un mayor bienestar para la población de todos los países, y que bien podría seguir moldeándose en muchas Universidades del mundo, como está ocurriendo.

Como se ha señalado, la crisis del capitalismo, impulsada por su dinámica financiera y consumista global, se fundamenta en un *homo oeconomicus* que desea maximizar consumos, independientemente de su necesidad vital, y que posee un afán de lucro que lo aleja de actitudes solidarias, en un contexto social donde la postmodernidad va provocando, con sus virtudes y con sus defectos, tendencias individualistas en los agentes económicos. Cobra más valor, entonces, una cosmovisión cristiana, donde el hombre es el centro de la creación, donde todo hombre es mi hermano por ser hijos del

mismo Padre, y donde una “regla de oro” más bien preventiva contra el mal, es transformada por Jesús en una “regla de oro” pro-activa por el otro: “Todo cuanto quieran que les hagan los hombres, háganlo también ustedes” (Lc 6,31; Mt 7,12).

La Doctrina Social de la Iglesia propone una economía más humana. En 1967 Pablo VI publicó la encíclica *Populorum Progressio* donde, refiriéndose a la antropología dominante del capitalismo neoliberal, distingue entre el ser y el tener. La primacía del tener sobre el ser no se presenta como un mal absoluto, pues se puede tener bienes y ser íntegro, pero se señala el riesgo sistémico es quedar atrapado en el consumismo y la acumulación avara. A los veinte años de la encíclica *Populorum Progressio*, en 1987, el papa Juan Pablo II publicó la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, donde afirma que el auténtico desarrollo humano se opone a la civilización del consumo, la jerarquía de valores se invierte con la primacía del tener en lugar del ser, y sobre todo cuando el tener de algunos puede conseguirse a expensas del ser de otros. En *Centesimus Annus* (1991), se advierte acerca del fenómeno del consumismo, cuando se señala que el sistema puede crear hábitos de consumo y estilos de vida objetivamente ilícitos.

Las lecturas acerca del capitalismo en América Latina – como Medellín (1968) y Puebla (1979)– han puesto mayor énfasis en sus efectos negativos, seguramente porque en la región existe una importante presencia de la inversión extranjera directa, una tradición conflictiva con el capital extranjero, y problemas históricos de formación de capital local,. Una lectura actual surge del documento de Aparecida (2008), donde, por ejemplo, se afirma que “la actual concentración de renta y riqueza se da principalmente por los mecanismos del sistema financiero. La libertad concedida a las inversiones financieras favorece al capital especulativo, que no tiene incentivos para hacer inversiones productivas de largo plazo, sino que busca el lucro inmediato en los negocios con títulos públicos, monedas y derivados”. Clarísimo diagnóstico previo a la crisis de las hipotecas.

En tanto, desde otras visiones católicas han surgido aportes para promover un humanismo solidario en un mundo con una economía diferente. El pensamiento franciscano, por ejemplo, siempre se ha destacado por valores como la austeridad, la solidaridad con los excluidos, el compromiso con lo social y con el medio ambiente. Lecturas económicas actuales con raíces franciscanas, como la de los focolares, son un testimonio alternativo a la economía de la acumulación y el consumismo. En Bruni y Zamagni (2008)¹⁵ se analiza la crisis de la economía actual, provocada por un lado por la globalización financiera y, por el otro, por la caída de un paradigma de la ciencia económica, fundado sobre la racionalidad de los agentes. Para responder a la ruptura con el paradigma dominante se presenta la alternativa de la Economía de Comunión, con algunos micro-emprendimientos, tanto en Italia como en otras partes del mundo.

Una antropología derivada de una cosmovisión cristiana, o aún ecuménica, necesariamente será diferente de la antropología que se manifiesta en la acción humana motivada por el capitalismo financiero-consumista, tanto en la relación con los otros, como con uno mismo.

* * *

¹⁵ Bruni, Luigino y Stefano Zamagni (2008) *Persona y comunión. Por una refundación del discurso económico*. Editorial Ciudad Nueva, Buenos Aires.

La crisis financiera y la crisis de civilización

Octavio Groppa

Una civilización en decadencia cava su propia fosa con una lógica implacable. Ningún argumento puede hacerla salir de sus caminos de autodestrucción: porque todo argumento tiene una premisa mayor que es teórica, y se exige que las premisas teóricas se conformen con los hechos; ahora bien, en la situación producida por la decadencia, los hechos son cada vez más realidades absurdas que proceden de la falta de atención, de inteligencia, de razonabilidad y de responsabilidad. (...) La forma básica de alienación es el descuido de los preceptos transcendentales: sé atento, sé inteligente, sé razonable, sé responsable. Además, la forma básica de ideología es una doctrina que justifica dicha alienación. (...) Así como la autotrascendencia promueve el progreso, el rechazo de la autotrascendencia convierte el progreso en decadencia acumulativa.

B. Lonergan¹⁶

La crisis financiera internacional que estamos atravesando es una oportunidad para comprender con mayor profundidad cómo funciona el sistema capitalista y las bases sobre las cuales está edificado. Toda crisis opera como una falla, en el sentido geológico del término. La falla, la ruptura, como señalara Heidegger, revela la existencia de lo que antes era obvio o que formaba el fondo sobre el cual organizamos nuestras vidas. Vivimos en un mundo organizado de cuya existencia y producción no nos percatamos mientras funciona. Cuando deja de hacerlo salta a la luz su carácter no natural, construido, histórico, y por tanto, perfectible.

En este trabajo sostendré la hipótesis de que la actual crisis financiera es consecuencia de una asignación disfuncional del crédito a nivel global. Por tanto, las divergentes explicaciones técnicas al respecto diferirán en la idea de y lugar que asignen al crédito en el sistema económico. Lo que pueden parecer inocentes conceptos “técnicos” o “científicos” suponen, en verdad, una concepción del mundo, una ontología; más: una teología fundamental. Por ello en lo que sigue opondré a la explicación convencional de la crisis una interpretación alternativa a partir de la explicación del sistema económico que propone Bernard Lonergan, para pasar, en un segundo momento, a un nivel más fundamental de análisis que busca dar con los valores que sostienen la teoría económica capitalista. El descubrimiento de los supuestos metafísicos que están en la base de dicha

¹⁶ *Método en teología*, Sígueme, Salamanca [1972] 1994, 59-60. El pensamiento de Bernard Lonergan (1904-1984) opera como inspiración de las reflexiones que siguen. La principal contribución de este teólogo y filósofo canadiense al pensamiento fue la elaboración del llamado “método empírico generalizado” o método trascendental, que consiste en la distinción de actividades especializadas y autónomas, pero en mutua correspondencia y colaboración (que denominó “especializaciones funcionales”) en el seno de un mismo método de conocimiento. Estas especializaciones funcionales surgen a partir de la estructura de nuestra conciencia intencional, que tiene cuatro niveles de operación: atención (a los datos), entendimiento-interpretación (de tales datos), juicio (respecto de la veracidad de la interpretación) y decisión (paso a la acción que se sigue de los juicios de hecho y de valor). El despliegue abierto de esta estructura es lo que traza la autotrascendencia del sujeto, es decir, el paso sucesivo y paulatino desde el mundo de la inmediatez (el mundo del niño) al mundo real mediado por la significación y orientado por el valor. La autotrascendencia es un proceso de *objetivación* del sujeto, mediante el cual se conoce reflexivamente y conoce el mundo real en el que habita. Como el conocimiento provee una orientación para la acción, el método coincide con el proceso de autoconstitución del sujeto (o de la comunidad).

Con todo, la obra de este autor no se reduce a la teología y la filosofía, sino que también elaboró un modelo explicativo general de la economía. Lo que ofrece Lonergan es una epistemología de la que surge un método generalizado (o meta-método), de forma que su pensamiento se aplica a campos variados.

posición nos ofrecerá la guía para reconocer el déficit teórico que es necesario salvar para encontrar una verdadera solución al problema de la economía. El derrotero del artículo, entonces, atraviesa dos niveles de reflexión bien diferenciados: del análisis de los fenómenos económicos pasamos a buscar las categorías básicas de las que dicha interpretación es tributaria, de modo de juzgar su validez y reconocer algunas de sus limitaciones fundamentales. Finalmente, volvemos al plano de la economía para señalar lo que debería ser incorporado, según esta visión, en una teoría general.

La crisis financiera según el consenso de los economistas

La explicación hoy más aceptada acerca de las causas de la crisis sostiene que se origina, mediatamente, como consecuencia de la baja de tasas de interés por parte de la Reserva Federal de los EEUU para reactivar la economía después de la crisis de las “punto com”. Esta baja de tasas tuvo dos consecuencias directas: por un lado, incentivó a los hogares norteamericanos a endeudarse para comprar casas, y por otro, dio origen a un incremento del valor de los inmuebles, que fueron considerados también como alternativa de inversión financiera, vía el mercado de hipotecas. A esta causa habría que agregar, más inmediatamente, el comportamiento oportunista de inversores más la insuficiencia de regulaciones en los mercados de capitales, particularmente los extrabursátiles. En estos mercados fueron operados los fondos de cobertura (*hedge funds*) extendidos sobre hipotecas que se respaldaban en activos cuyo valor había sido sobrestimado. Estos mercados electrónicos (llamados *over the counter* u OTC) operan sobre la base totalmente despersonalizada de la red informática, sin la mediación de los agentes en el recinto de las bolsas y lejos de las regulaciones de organismos de contralor (como las bolsas de valores).

Quienes comparten este diagnóstico concluyen que la solución debe ser dar marcha atrás con la liberalización de los mercados financieros iniciada desde principios de los '80, en que tuvo origen una serie de disposiciones que permitirán la participación progresiva de bancos comerciales y mutuales en los mercados de capitales.¹⁷ En este sentido han comenzado a implementarse una serie de políticas propuestas por el G-20 tendientes a controlar los paraísos fiscales,¹⁸ así como a limitar o prohibir la colocación de fondos en el mercado de capitales por parte de los bancos comerciales o, inclusive, la operación con contratos a futuro.

Es indudable que esta serie de medidas tenderá a disminuir el riesgo sistémico asociado a la volatilidad de estos mercados. El punto a discutir es cuál será su grado de eficacia. Debe tenerse en claro que de la era de las comunicaciones no hay marcha atrás. ¿Será posible regresar al “paraíso perdido” de los mercados regulados anteriores a los años '80? ¿Serán suficientes los “diques jurídicos” que se construyan para contener la correntada de los movimientos de capitales que buscan solamente incrementar sus ganancias de corto plazo?

¹⁷ En 1999 el proceso alcanzará su culminación al ser dada de baja la *Glass Steagall Act*, que desde 1933 impedía la intervención de los bancos comerciales en el mercado de capitales (seguros y otros instrumentos financieros). Para más detalles, véase, M. Resico, “Crisis en la Nueva Economía”, *Valores en la sociedad industrial* 55 (2002) 7-15.

¹⁸ En rigor, deberían ser llamados “cuevas” o “refugios” fiscales, pues la denominación en inglés es *fiscal havens*, no *haevens*. Es interesante advertir el desplazamiento semántico dado en esta traducción hoy ya establecida en Latinoamérica.

La solución reformista cree en el poder de las formas jurídicas para encauzar y moldear el espíritu del capitalismo. La crítica radical, por el contrario, considera que lo que es preciso reformar es justamente ese espíritu (que es distinto del “espíritu de empresa”), pues su existencia supone una inconsistencia técnica y un absurdo ontológico.¹⁹ Para hacerlo deben modificarse, por tanto, el sistema de reglas que coadyuva a moldearlo.

El capitalismo y los ciclos de la economía

Para la perspectiva crítica, las crisis financieras del capitalismo no obedecen a eventos accidentales, sino que tienen una raíz sistémica. El argumento básico es que la concentración del crédito que se deriva de la constitución misma del sistema (es decir, de la forma particular de asignación del medio de pago que tiene el capitalismo) no contempla los ciclos reales a que está sometido todo proceso de innovación. Estos ciclos reales se originan en los rendimientos marginales decrecientes y deben ser distinguidos de los de raíz financiera. Los ciclos financieros, en cambio, no surgen a partir de la transformación de las cosas (*rei*), sino que se originan en la distribución del *signo* que las de-signa (el dinero). Debe comprenderse que el circuito del dinero y de las finanzas es una superestructura ubicada en otro plano respecto de los bienes intercambiados.

Detengámonos brevemente en la explicación que ofrece Lonergan del funcionamiento del sistema económico. Este autor señala, siguiendo a Schumpeter, que el desarrollo de la economía está sujeto a ciclos estructurados por la aparición de nuevos inventos, el nivel de inversión, la difusión de las nuevas tecnologías y los costos de mantenimiento y depreciación. Un proceso de innovación requiere una afluencia de crédito creciente que financie la inversión, primero en aquellas actividades que son la fuente primera de innovación y, en segundo término, en aquellas asociadas en eslabones previos o posteriores en la cadena productiva (sea que fueran proveedoras de insumos o sirvan como nexo con otros productores o con los consumidores). A medida que el proceso de inversión va alcanzando su madurez, los beneficios extraordinarios tienden a desaparecer. En consecuencia, la inversión también se reduce y, concomitantemente, el requerimiento de ahorros (excedentes).

Ahora bien, dado que el objetivo del proceso de innovación es la producción más eficiente de bienes de consumo, para que dicha expansión de la capacidad productiva alcance su término es necesario que exista –del lado de la demanda– el ingreso

¹⁹ Más aún, si aceptamos el juicio de J. Milbank (*Theology and Social Theory. Beyond secular reason*, Blackwell Publishing, Oxford 1993; tr. cast. *Teología y teoría social. Más allá de la razón laica*, Herder, Barcelona 2004), se trata incluso de un error teológico. Este autor sostiene que, mientras la tradición del humanismo maquiavélico ofrece una concepción pagana del mundo, pues su interpretación del conflicto como realidad subyacente a la existencia comunitaria supone una ontología de la guerra, la línea hobbesiana y liberal es herética, pues revela una teodicea que separa a Dios del mundo, de modo que el mundo humano –el mundo público– es un espacio *neutro* con relación a Dios, por lo que la religión pasa a ser un asunto puramente privado. Más allá de las razones políticas (la necesidad de construir el poder político después de las guerras de religión, la voluntad de desarticular el poder de una Iglesia que todavía se autocomprendía en términos imperiales) no deja de ser cierto que la vuelta conceptual elaborada en la Modernidad implica una interpretación errada, desde el punto de vista católico, de Dios, y por ello, si bien pudo estar estratégicamente justificada en términos históricos, no puede ser definitiva, pues las contradicciones subsistentes a su fundamentación (deseo de afirmación del sujeto a la par de la pretensión de neutralidad en materia valórica o religiosa) no tardan en hacerse evidentes y poner en crisis el sistema.

suficiente para hacer efectivo el consumo.²⁰ Es el momento en el que el estándar de vida de la población mejora.

En este “ciclo puro” no existen recesiones. Al crecimiento de la economía generado por la expansión de la producción de bienes de producción le sigue una fase de estado estacionario, en donde lo que se expande es la producción de bienes de consumo hasta que el aumento de los costos de mantenimiento o la aparición de un nuevo invento revolucionario hagan recomenzar el proceso de crecimiento, requiriendo una vez más de una disminución del consumo agregado para destinar ingreso a la inversión.

De tal forma, la asignación de crédito en una economía que se adecue de manera perfecta al ciclo puro debería estar en función de la transformación de la economía real. Lamentablemente, la forma actual de nuestra organización económica no ofrece un mecanismo que permita pasar suavemente de una fase expansiva a otra en la que los beneficios del crecimiento se expandan a lo largo y a lo ancho de la sociedad (mediante el aumento de salarios). Como la posición en el ciclo se desconoce, cuando los empresarios encuentran que su nivel de facturación ha disminuido en relación al período previo, prevén una recesión y ajustan hacia abajo su nivel de producción, de manera de no quedarse, como estiman, con inventarios excedentes. Sin embargo, si la disminución de los beneficios extraordinarios (que Lonergan llama *excedente puro*) se debe a que el proceso de innovación está alcanzando su madurez, la estrategia de reducir el nivel de producción no puede sino generar lo que se creyó anticipar. La solución debería ser aceptar la desaparición de los excedentes extraordinarios y contentarse con el beneficio normal de la actividad que cubre todos los costos (en el que se incluye, claro está, la remuneración del empresario).

Por el contrario, en la medida en que se exige que las empresas muestren rentabilidad altamente positiva, los momentos de menor crecimiento desencadenan un “sálvese quien pueda” y, dado que algunos participantes serán más eficaces que otros a la hora de mantener altas tasas de rentabilidad del propio negocio (por contar con poder oligopólico o por enfrentarse a demandas inelásticas), el equilibrio sistémico se restablecerá solamente cuando los últimos hayan conocido la bancarrota. Como el sistema no cuenta con mecanismos de transmisión eficaces, sólo sacrificando parte de la carga costosamente producida el barco se mantiene a flote.²¹

Resumiendo: cuando la economía se halla en la fase de rendimientos decrecientes, el excedente agregado tiende a cero. En dicha fase, los excedentes positivos de algunas empresas sólo pueden ser conseguidos si otras operan en déficit (para que la sumatoria de los excedentes siga siendo cero). El problema, como se ve, no es principalmente de índole moral, sino de racionalidad insuficiente, debido a una comprensión inadecuada del funcionamiento de la economía como conjunto.

²⁰ Ésta es la base del argumento esgrimido por Keynes contra la explicación clásica, que sugería salir de una recesión bajando los salarios, extrapolando al nivel macroeconómico el razonamiento microeconómico (Cf. J.M Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Libro I). El camino clásico (heredado por los neoclásicos) que pretende construir la macroeconomía a partir de la microeconomía —el todo a partir de las partes— soslaya las relaciones sistemáticas y de retroalimentación entre las variables, por lo que pierde de vista que la macroeconomía es un contexto emergente con leyes propias, no reducible a sus partes componentes.

²¹ No me es posible extender más la explicación que ofrece Lonergan del funcionamiento del sistema económico en este artículo. Para mayor profundización véase B. Lonergan, *Macroeconomic Dynamics: An Essay on Circulation Analysis*, Toronto 1999.

Detengámonos, entonces, más en detalle en la forma singular de asignación del crédito que define al capitalismo.

La asignación del ahorro y la búsqueda del crecimiento permanente

En el capitalismo el crédito se distribuye como dinero que crean los bancos, bajo control del banco central.²² Este poder que se arroga el Estado le permite procurar la maximización del crecimiento de la economía mediante el manejo de la política monetaria (es decir, definiendo el marco general que determinará la asignación del crédito).

Para que una economía crezca es necesario que existan excedentes de la producción. Para alcanzar tasas de crecimiento elevadas duraderas en el tiempo es preciso contar con un nivel de excedente agregado permanente. Pero un sistema sometido a aceleración se enfrenta a una resistencia creciente, de manera que una aceleración constante en el tiempo es imposible. Del mismo modo, el objetivo deseado de tasas de crecimiento elevadas sin límite de tiempo no será asequible si se cuenta sólo con la transformación de la economía doméstica: será preciso importar excedentes de fuera del sistema. Vulnerar la resistencia de los rendimientos marginales decrecientes exige, por ejemplo, saldos positivos en la balanza comercial o captación de ahorro externo (ingreso de capitales). Es evidente, con todo, que el resultado positivo en un país se compensa con el saldo negativo de otro. De tal forma, no es posible plantear un excedente positivo originado en el exterior por tiempo infinito, pues en algún momento el país exportador neto de capitales (importador neto de bienes) habrá destruido su estructura productiva y no generará ya ingreso.

Entonces, al igual que ocurre con el afán de beneficios extraordinarios permanentes por parte de los empresarios, la pretensión de crecimiento sin atender a los ciclos reales tampoco es posible. El problema que se presenta es que dicho afán opera en contra de la exigencia de que la oferta de medio de pago se adecue a las necesidades propias de cada fase en el ciclo de la economía real. Más bien, como lo señala Lonergan, estamos organizados al revés: los intercambios reales se adecuan hoy a una oferta crediticia establecida de antemano y que no distingue adecuadamente entre los requerimientos del circuito excedente, que produce bienes de producción, y los del circuito básico, que produce bienes de consumo.

En síntesis, cuando el proceso de innovación y crecimiento llega a su madurez (de modo que disminuyen los excedentes agregados) es necesario un cambio en la distribución del ingreso, para que el consumo aumente y no llegue la recesión por caída de la demanda efectiva. Si ello no se da, la concentración del ingreso conducirá a niveles de ahorro excesivos que no encuentran dónde ser colocados con la rentabilidad esperada. La vía de la fuga de capitales es un mecanismo de ajuste a nivel de economías particulares,

²² Nótese que al hablar de crédito lo estoy haciendo en un sentido generalizado. No me refiero sólo al crédito bancario, sino a la naturaleza del dinero, que es la de ser *medio* de pago. El dinero es, en suma, el signo que representa una deuda contraída por el comprador de un bien o servicio con el vendedor. Es decir, es el instrumento que refleja el compromiso del comprador a compensar con el producto de su trabajo el bien que le fue cedido. Viceversa, el receptor del dinero tiene a su favor un derecho sobre los bienes del emisor. Cuando el medio de pago se generaliza, este derecho es sobre los bienes producidos por la comunidad. Lo que hace el Estado moderno es simplemente quitar el poder de emisión de medio de pago a los particulares atribuyéndose un monopolio al instaurar la moneda de curso legal, de modo de contar con una poderosa herramienta de control social.

pero cuando el problema es global, ¿a dónde irán los ahorros excedentes? La modificación en la distribución del ingreso mundial fue lo que faltó, siguiendo el razonamiento anterior, en el desempeño de la economía global de los últimos años. La salida, por tanto, debería incrementar los niveles de consumo de quienes tienen necesidades postergadas.

El problema básico, entonces, es la pretensión de crecimiento permanente. Pero, ¿cómo cobró forma esta búsqueda imposible? No podemos ofrecer una respuesta que debería estudiar la evolución histórica de la cultura occidental. Tan sólo apuntaremos la justificación teórica que se dio a nivel del pensamiento, y que puede encontrarse en el origen de la modernidad. Nos internaremos someramente en esta cuestión.

Metafísica, teología y política

Toda categoría de análisis –aún de análisis político– tiene latente una teoría del conocimiento, una epistemología, una metafísica. En este apartado, por tanto, intentaré desentrañar la metafísica subyacente a la teoría económica capitalista, contraponiéndola a la metafísica que fundamenta la posición crítica. Me inspiro en este punto en el análisis realizado por J. Milbank en la obra citada más arriba.²³

J. Milbank mostró con detallado análisis cómo el gran invento de la modernidad fue la invención de “lo laico”, en el sentido de un ámbito mundano (secular), regido por sus propias leyes *etsi Deus non daretur* (Grocio). Con los escritos de Grocio, Hobbes y Spinoza, la teoría política comienza a pensarse a partir del estoico *conatus* de conservación y no del *télos* –el Bien– al que la había asociado Tomás de Aquino. Entonces la ciencia política se emancipa respecto de la teología, quedando definido lo político como el campo del puro poder.²⁴ Para ello había sido necesario, en primer lugar, que con Duns Scoto y los nominalistas la voluntad de Dios fuera comprendida en términos de arbitrio puro (de modo que el Bien no es bueno porque sea Dios, sino que lo bueno lo es porque Dios así lo quiere). Ya no será posible entonces elevarse a Dios a partir de la analogía del ser (el ser es inteligible; Dios es el Ser absoluto; la razón natural

²³ El énfasis, como fue dicho, está puesto en la evolución de las ideas. No pretendo con ello dar a entender que el proceso histórico se dé de manera deductiva y más o menos lineal a partir de la elaboración de ciertos conceptos teóricos. El devenir histórico –incluso el devenir de la historia de las ideas– obedece más bien a una trama compleja en el que se alimentan mutuamente el texto (el discurso) y el contexto, conformado por los distintos planos de configuración de la experiencia (político, económico, tecnológico, social, cultural, artístico, religioso, etc.) No obstante ello, sí creo que la elaboración y refinamiento conceptual de algunas ideas incide decisivamente en la configuración de la realidad (dado el carácter preformativo de todo discurso y dado que la realidad se nos da en la mediación significativa del lenguaje), particularmente vía la construcción de las instituciones en las que se asienta o por las que discurre el poder en cada época. Tal construcción requiere siempre de la apelación a cierta racionalidad, pues no sería posible un consenso si alguien apelara a la irracionalidad del poder puro. En consecuencia, el estudio de la historia de las ideas es importante, a mi juicio, por cuanto desnuda los consensos argumentativos dados (aunque fueran inconsistentes) en cada época para constituir el poder. La cuestión respecto de por qué se imponen determinados discursos o se dan determinados consensos en cada contexto debe ser materia de análisis en cada caso. No creo que en este punto pueda existir una regla general ni que se defina únicamente a partir de la relación de fuerzas políticas (como creo se deduce, por ejemplo, de la lectura de S. Shapin y S. Schaeffer, *El Leviatán y la bomba de vacío*, Ed. Univ. de Quilmes, Quilmes 2005.)

²⁴ J. Milbank, *Teología y teoría social*, 26.

puede conocer a Dios; cf. CV I), porque el bien no procede de la verdad (el Espíritu Santo del Verbo), sino que su unión se da por mera convergencia.²⁵

La teología voluntarista de Scoto aportará el fundamento para una interpretación de la autonomía de la acción humana en un espacio “neutral” respecto de la gracia de Dios. Así como la teología de la creación *ex nihilo* será reinterpretada “en términos de poder infinito e irrestricto”,²⁶ la libertad será comprendida en términos absolutos, sin el sostén de la gracia, reeditando así el error de Pelagio. La respuesta humana a la gracia de Dios ya no es provocada por la misma gracia (como eran la concepciones de San Agustín y Santo Tomás), sino que surge de la voluntad humana pura. De esta manera quedan separados los reinos natural y sobrenatural, haciendo su aparición la noción de *natura pura*.²⁷ Queda así configurada la base teológica para pensar al individuo moderno.

Siguiendo esta misma línea, la modernidad pensará al individuo primero, sin sociedad, sin Estado, sin historia ni tradiciones. Más aún: sin valores, sin *Ciudad de Dios* a la cual orientarse. La sociedad y el Estado serán instituciones que creará el individuo con posterioridad, y en esta idea se funda la noción de la inviolabilidad del individuo por parte del Estado. Con Hobbes y Locke, la función principal del Estado será la de garante de la propiedad privada (que incluye, en su concepción, la vida como primera propiedad).²⁸ Esta idea abstracta del individuo alcanzará su máxima expresión con Kant. El sujeto es en este autor quien construye su mundo desde sus categorías formales del entendimiento. Los valores y tradiciones son entonces no racionales: simples atavismos o ilusiones trascendentales innecesarias para construir un estado plural. Porque, sostiene esta posición, si deseamos ser universales, abiertos, plurales, debemos despojar a nuestras instituciones de todo sentido religioso o mítico, construyéndolas sobre una base puramente racional. Esta concepción está representada en nuestra época en pensadores como Rawls o Habermas (con algunos matices).

Por supuesto, lo que ni Kant ni sus contemporáneos podían prever era que el resultado del proyecto de *racionalizar* la vida pública despojando a las instituciones de su encarnadura en tradiciones y valores sería eliminar el fundamento de la cultura, de donde derivó el nihilismo que clarívidentemente profetizara Nietzsche, y en el que actualmente estamos inmersos.²⁹

La situación es sumamente grave, porque la cuestión que surge es acerca de la posibilidad de la democracia (como sistema que garantiza la autotranscendencia de sujetos y comunidades) en un contexto de desfundamiento de los valores trascendentales y de universalización de la razón instrumental.³⁰ El problema de contar

²⁵ Que estas ideas hayan surgido con el noble deseo de buscar la reforma en una Iglesia demasiado contaminada del poder político no hace mella en el juicio respecto de las derivaciones que puedan seguirse de la metafísica subyacente al pensamiento de Scoto. En todo caso, las circunstancias en que vivió un Tomás de Aquino no fueron más fáciles (basta recordar los conflictos en la Universidad de París.)

²⁶ J. Milbank, *Teología y teoría social*, 35.

²⁷ Véase, B. Lonergan, “The Natural Desire to See God”, 1949, *Collection* 81-91, Univ. of Toronto Press, Toronto 2005 [1967], CWL 4.

²⁸ Ciertamente, Locke también reconoce al Estado una función reguladora de las pasiones, pero en la medida en que el individuo es ontológicamente previo, esta última función es de segundo orden.

²⁹ Para ahondar en este argumento, véase J. Milbank, *Teología y teoría social*.

³⁰ Para pensar este punto, véase el debate sostenido años atrás entre J. Habermas y el entonces cardenal J. Ratzinger. Para el filósofo alemán, no es posible una fundamentación “natural” o metafísica de la democracia. Es el procedimiento democrático mismo el que forja los espíritus democráticos. Para

con bases epistemológicas válidas para pensar la economía se convierte entonces en el problema de garantizar la democracia.³¹

Las consecuencias económicas de la metafísica moderna

Nuestro problema, entonces, es más grave que un simple fallo mecánico: es estructural, y abarca a toda la cultura. Si el valor que prima hoy por sobre otros valores es la codicia, la causa de este hecho tiene raíces históricas y se sigue de manera más o menos lineal desde la aparición del capitalismo. Porque codicia hubo desde que el hombre apareció en la tierra. Lo que no existió desde siempre fue la elevación de la codicia a valor arquitectónico, estructurante de la cultura. Antes del capitalismo, los sistemas económicos eran mucho más ineficientes, pero las conductas antisociales tenían fuertes controles por parte de la sociedad (presión social, afán de conservación del honor, acción de los gremios, sanción de la Iglesia, etc.) Fue el estado moderno quien inventa el capitalismo que hoy conocemos al ponerse como garante de la propiedad privada, para lo cual se arroga el monopolio del uso de la fuerza. Para ello había sido necesario reinterpretar el *dominium* de Adán en términos del *ius utendi* absoluto del derecho romano, dando marcha atrás con la interpretación tomista del *dominium utile*, que orientaba y limitaba el derecho de propiedad al bien del conjunto.³² Sólo entonces se estableció una línea divisoria tajante entre el beneficio producido por la actividad económica y las externalidades (sociales, naturales), asegurando a su autor los beneficios generados por su industria, pero desafectándolo de los costos indirectos —públicos— que eran transferidos a la sociedad.³³ La libre empresa permitió la explosión de crecimiento económico (y demográfico) que se dio en los últimos siglos, pero estamos comenzando a sufrir la otra cara del proceso. Si la propiedad se funda en razones de conveniencia (Santo Tomás), el carácter de propiedad de los excedentes generados en el proceso de innovación debe ser como mínimo problematizado. Porque la razón de ser de los ingresos excedentes es su reinversión para acelerar el proceso de producción de bienes de consumo y elevar el estándar de vida. Pero el excedente entendido como *ius utendi* absoluto, sin consideración de la posición de la economía en el ciclo macroeconómico, puede llevar a la ruina económica del conjunto cuando en la fase de rendimientos decrecientes dicho ingreso no es derivado a un aumento del consumo que permita al proceso de expansión previo alcanzar su consumación. En caso contrario, a la expansión seguirá una recesión.³⁴

En suma, sostener la convivencia de capitalismo y valores trascendentales es un imposible en el largo plazo, porque el capitalismo se origina a partir de un proceso de desetización de la ciencia que necesitó primero darse conceptos que hicieran abstracción de todo vestigio moral. El capitalismo funcionó durante el tiempo en que la cultura todavía no había probado el legado del pensamiento liberal, que es el nihilismo. Una

Ratzinger, por el contrario, los valores trascienden las instituciones y así se justifica el papel (exhortativo y de crítica última) de las religiones. Véase “Las bases morales prepolíticas del Estado liberal”, *Consonancias* 13 (2005) 31-48. Milbank podría compartir con Habermas que las instituciones liberales moldean los espíritus, pues de hecho lo hicieron (ésa es su tesis) en relación con el espíritu... nihilista. Lo que para Habermas es el antídoto, para Milbank es la raíz de la enfermedad.

³¹ Véase, B. Lonergan, *For a New Political Economy*, Univ. of Toronto Press, Toronto 1998, CWL 21.

³² Para profundizar este análisis, véase Milbank, *Teología y teoría social*, 31.

³³ Los Estados han procurado limitar o mitigar estos efectos adversos para el conjunto obligando a internalizar estos costos por vía tributaria (como se da, por ejemplo, con la creación de los seguros de desempleo o con los impuestos y multas por contaminación).

³⁴ Véase B. Lonergan, *Macroeconomic Dynamics*.

vez que el liberalismo-capitalismo-nihilismo tomó posesión de la cultura, aparecieron las grandes crisis económicas globales. No es una mera casualidad que en la llamada “era del vacío” (Lipovetsky) el consumo se convierta en el sucedáneo que disuelve el futuro escatológico colapsándolo en el presente, que, de forma consecuente, el futuro histórico se muestre como carente de sentido –cuando no amenazante– y que, en su manifestación económica, el ahorro agregado excedente (porque llega un punto en el que quienes detentan ingresos altos no tienen ya en qué gastarlos) pierda el norte de la inversión productiva y su potencial transformador de la humanidad, desvirtuándose en la prosecución de la ganancia puramente financiera e instantánea.

Algunas anotaciones para superar el actual déficit teórico

De una metafísica que parte de categorías abstractas sólo puede seguirse una teoría deficiente. No es extraño, por tanto, que la actual teoría económica esté muy a la zaga de los acontecimientos económicos que estamos viviendo. Inútil siquiera para explicar los fenómenos económicos de importancia (ya no sólo para predecirlos), como son el desarrollo y crecimiento de las sociedades, se ha desembozado como instrumento al servicio del poder. En tanto consiste en la formalización de las acciones económicas de un modo de vida o cultura particular –el occidental– la llamada teoría económica estaría lejos de alcanzar el grado de ciencia, si por ciencia entendemos algo más que la sistematización del sentido común de un grupo.³⁵ No debemos sorprendernos, entonces, cuando en las decisiones cotidianas la política prevalece sobre la economía.

Hace falta una mirada teórica que incorpore la comprensión de la totalidad, que sea capaz de reconocer el carácter no originario de la categoría de individuo y, en el análisis económico, de la construcción no neutral ni inocente del agente racional que obra en función de su “utilidad” e interés egoísta. Una teoría que explicita su comprensión del todo debe superar la referencia a una supuesta psicología metafísica que anima a los agentes económicos. Sin una teoría de este tipo, la misma definición del “hecho” económico estará desviada. Entonces se cumple lo afirmado por Lonergan y reproducido en el acápite de este artículo: “en la situación producida por la decadencia, los hechos son cada vez más realidades absurdas que proceden de la falta de atención, de inteligencia, de razonabilidad y de responsabilidad” siendo la ideología “una doctrina que justifica dicha alienación.” Sin una comprensión del sistema económico como un todo, las categorías fundamentales de análisis no serán las adecuadas y requeridas por el tratamiento explicativo y científico de la cuestión. En éste sentido, B. Lonergan ha ofrecido un diagrama que representa un sistema económico en el que los términos y relaciones básicos se definen recíprocamente (y no a partir de discutibles supuestos psicológicos, como se da en la teoría neoclásica) y trazan el circuito de pagos en cualquier economía.³⁶

Como la teoría neoclásica comienza su construcción teórica con el individuo absoluto, es incapaz de advertir la importancia que tiene la distribución del ingreso en la

³⁵ Siguiendo a Aristóteles, Lonergan distingue entre el conocimiento descriptivo, que consiste en definir los objetos en relación con nosotros (p. ej. “este cuerpo está frío”) y el explicativo, en el que se alcanza propiamente el conocimiento científico, pues define los objetos en sus relaciones mutuas (“este cuerpo tiene cinco grados de temperatura”). La teoría económica dominante, al partir de unos supuestos psicológicos propios del agente racional, construye su andamiaje conceptual en base a conceptos descriptivos, no explicativos. Por lo tanto no puede ser coextendida a otros dominios culturales.

³⁶ Véase B. Lonergan, *Macroeconomic Dynamics*.

estabilidad económica del sistema (sin hablar siquiera de estabilidad política). Este punto sólo se advierte si se alcanza una comprensión integral del sistema macroeconómico o una teoría generalizada de la economía.³⁷

Por otra parte, es evidente que para esta conceptualización una noción como la de bien común es oscura o carente de sentido. La teoría económica –se enseña– no versa sobre el Bien, ni siquiera sobre el bien social (!), sino tan sólo se ocupa de reconocer regularidades (“leyes”) en los comportamientos económicos. Por el contrario, una teoría social que verdaderamente desee ser explicativa y racional debe buscar el bien de la sociedad, porque el bien es inteligible, y lo no inteligible –lo carente de sentido– no puede ser bueno. Por lo tanto, la economía debería ser definida normativamente, es decir, como la ciencia que estudia las regularidades en los intercambios de modo de alcanzar el bien común.

En este punto, la noción de *bien del orden* que propone Lonergan puede ser de gran utilidad. El bien del orden consiste en el buen funcionamiento de los esquemas de recurrencia económicos de modo tal que cada individuo pueda alcanzar su bien particular. No consiste en los bienes particulares, sino en el esquema concreto que permite obtener los diferentes bienes particulares cada día. En palabras de Lonergan:

[L]a quiebra económica y la decadencia política no son la ausencia de tal o cual objeto del deseo, ni la presencia de tal o cual objeto del temor; son la desintegración y la decadencia del bien del orden, el fracaso en el funcionamiento de los esquemas de recurrencia. La inteligencia práctica del ser humano concibe ordenamientos para la vida humana; y, en la medida en que tales ordenamientos son comprendidos y aceptados, resulta necesariamente el patrón inteligible de relaciones, que hemos llamado el bien del orden.³⁸

Asimismo, el bien del orden

considera estos bienes [particulares] no aisladamente y como referidos al individuo a quien satisfacen, sino que los considera todos juntos y con la característica de ser recurrentes. Mi comida de hoy es, para mí, una forma del bien particular. Pero la comida de todos los días para todos los miembros del grupo que la ganan con su trabajo es parte del bien del orden.³⁹

La noción de bien de orden es una elaboración conceptual sistemática de la idea del bien común.

Conclusión

El trabajo comenzó revisando y criticando la explicación corriente que se da de la crisis haciendo uso del modelo explicativo de la economía desarrollado por B. Lonergan, y sosteniendo que la raíz de dicha crisis obedece a una asignación disfuncional del crédito en la economía global. Entonces rastreamos cuál fue la justificación teórica (epistemológica y metafísica) que se dio a la pretensión prometeica del crecimiento ilimitado, concluyendo que la raíz de la crisis es cultural y se funda en la emergencia del individualismo moderno. En consecuencia, para sobreponerse a ella es preciso corregir la causa fundamental. Ahora bien, el cambio cultural no puede ser planificado. Sin

³⁷ Más allá de los hallazgos fundamentales que alcanzó Keynes con su *Teoría general*, ésta todavía es deudora de supuestos psicológicos (así, por ejemplo, su justificación de la “preferencia por la liquidez” – esencial en su teoría– parte de una supuesta “ley psicológica”) y no lo suficientemente *general*. Cf. *Teoría General*, cap. 13.

³⁸ B. Lonergan, *Insight. Ensayo sobre el entendimiento humano*, Sígueme, Salamanca [1957] 1999, 270-271.

³⁹ B. Lonergan, *Método en teología*, 53.

embargo, todo proceso de autotrascendencia está sometido al menos a una condición: la teoría debe conformarse a los hechos. De aquí que concluyamos señalando los déficits teóricos que es necesario superar para contar, al menos, con una teoría realista que nos permita liberarnos del oscurantismo (autotrascendernos) en el que la ideología nos tiene atrapados.

Así como fue necesario que Einstein relativizara a Newton, ampliándolo y explicándolo, hoy necesitamos en la teoría económica algo semejante: un sistema que pueda explicar no sólo la forma de vida económica de occidente, sino también las de otros modos culturales, garantizando la subsistencia y convivencia de ambos. Lo que necesitamos es una explicación más general que pueda incluir la teoría económica occidental como caso particular y explicar sus fallos. Debemos pasar de una economía que naturaliza las prácticas económicas de occidente a una economía científica.⁴⁰ Hasta tanto no demos este paso no estaremos a la altura de la interculturalidad que exigen los tiempos que corren, y los occidentales seguiremos valiéndonos del poder para prevalecer frente a otras culturas, poniendo en riesgo la misma democracia –acaso nuestro principal logro–, por no haber sido capaces de remontar el ciclo de nuestra decadencia cultural.

Evidentemente, lo que necesitamos no está al alcance de nuestra mano. Sin embargo, la tarea no está sometida a una imposibilidad lógica. Hace falta un cambio en nuestras instituciones, en nuestra cultura, en nuestros comportamientos. Cambios en la teoría económica, cambios en la enseñanza de la economía en las universidades. A éstas, quizá, les corresponda dar el primer paso para revertir el ciclo de la decadencia, con la formación de intelectuales críticos y lúcidos que aporten sus conocimientos para modificar paulatinamente instituciones, para que las instituciones transformadas faciliten el cambio de las conductas, y de las conductas modificadas emerja una nueva cultura que dé lugar a un nuevo período de progreso.⁴¹ Ésta ha de ser, según mi entender, la Tierra Prometida hacia la que debemos caminar, aunque no lleguemos a verla.

* * *

⁴⁰ Entiendo que esta puerta fue abierta por Lonergan, en las obras citadas. Véase también, B. Anderson y P. McShane, *Beyond Establishment Economics. No, thank you, Mankiw*, Axial Press, Halifax, Nova Scotia 2002.

⁴¹ Aquí puede reconocerse el papel fundamental que tienen también las religiones, las artes, la filosofía, los movimientos sociales y asociaciones intermedias, etc., en la tarea de insuflar un nuevo espíritu que nos permita volver a tener esperanzas en la humanidad.